

SPIDER MAN BLUES

Vicente Quirarte

A Benjamín Burgess

Elogio del tiempo antiguo.
Eran las azoteas
tu dominio completo: tendedores,
pianos en el desvelo, lunas llenas
aliadas del licántropo y el loco.
Todo el tiempo era tuyo y no sabías.
Patrullabas los barrios sin temores
al asesino en turno. Mayor era tu crimen:
estar en el mundo con dos caras
y en las dos serle fiel al heroísmo
desconocido y breve de ser joven.
Encima la soledad, más vasta que la noche.
Debajo de tu máscara de carne,
tendida sobre tu cama y tus papeles
dentro del corazón que palpitaba
por mujeres que no te conocieron.

La soledad es músculo del alma.
Bajo las peores lluvias navegabas
y el cuerpo resistía. Era hermoso
entrar por la ventana y despojarte
de la armadura frágil. (Una tela de araña
a veces resiste más que las promesas)
Era bueno el fracaso, ir en su busca,
y decir está bien y reírse y no quejarse.

Eras el no ser de todas las muchachas:
Invisible en el aire, te esfumabas
en la luz impecable de los ojos
que ignoraban tu nombre y tu lenguaje.

Pero tu ciudad, tu novia, tu doncella,
desnuda te recibía cada mañana.
Con su velamen pleno, la Catedral
desplegaba sus formas en la bruma.
Escapabas de clase y ascendías
para ser esas torres, para mirar primero
con los ojos de piedra que no miran.
Tatuabas, en lugares secretos
tus señales más hondas: si regresas,
las heridas que en piedra provocaste
le dolerán a otros.
Te quedabas las horas frente a un muro
donde la ciudad, cartógrafa, trazaba
sus mapas de colores.
Tigre de veinte jaspes, el salitre
devoraba las huellas de los hombres.

Eran los tiempos castos del sediento.
Encapuchado el rostro,
ibas de jaula en jaula, doloroso
como antorcha sin aire.
El amor es difícil dentro y fuera.
Cuando no te querían, cuando el rechazo,
devorabas la calle. Te ofrecías
al hambre de la ciudad y sus sicarias.
El aura de los borrachos y los niños
te negaba los dones del desastre.

Te sentías infeliz y no lo eras.
Ahora amarga un poco
saber que Peter Parker
habita con mujer
que limpia la corbata y el disfraz heroico.
Ha muerto el Hombre Araña.
Fuiste el único fiel en el velorio.
No pretendas venganza:
la esquila que te enviaste
fue escrita con tu letra y con tu tinta.

Ahora te avergüenza
precisar de la luz de los alcoholes
para enfrentar la calle. Sales de vez en vez
y evitas —como el valiente sabio— la pelea.
Patrullas con temor las mismas calles
de una ciudad distinta
donde las azoteas

son reino de nuevos locos.
No te duela el café, los portafolios,
la ganada caricia
que te cierra la herida.
Debajo de la camisa está tu pecho
y en él las cicatrices que ha tejido la araña.
Es otra tu forma de ser héroe.
Si lo dudas, perdido entre los otros,
y te crees expulsado de la altura,
reconoce los rostros de tus hembras:
son la calle, la noche, las estrellas,
claras hadas madrinas del oscuro.
Elas no se han movido
ni dormirán para velar tu sueño
si sabes ser fiel a sus fulgores
y aprendes a brillar para el muchacho
que en tu carne no muere,
portador de la máscara en la noche.